

Juan Luis Mendoza

Monseñor Sanabria: El Historiador (IV)

De no haber sido Arzobispo de San José —un gran Arzobispo— Monseñor Sanabria ¿hubiera sobresalido entre los investigadores costarricenses como historiador? Sí. Y por lo mismo merece nuestra atención en este aspecto.

Dos elementos diéronse cita en nuestro protagonista: un talento excepcional y una capacidad increíble de trabajo. Bien empleados ambos, pudo Monseñor Sanabria atender cumplidamente su ministerio pastoral y dedicarse a los estudios históricos. “Le daba la cabeza para todo”, sentencia Monseñor Hidalgo.

Sanabria fue, desde luego, un buen cultor del latín, primero, y después y siempre, del español. Disponía de herramientas para escribir. Y se decidió a hacerlo sobre historia.

El trabajo empieza desde su función de bibliotecario y archivero de la Curia. Y el fruto es su obra “Datos cronológicos para la Historia Eclesiástica de Costa Rica”, continuación de los aportes anteriores de Monseñor Thiel y Monseñor Stork. En 1931 publica “Últimos años de la Orden Franciscana en Costa Rica”, complemento de un trabajo de don Eladio Prado. Las revistas “Cultura Católica”, “Mensajero del Clero”, “Revista de Cos-

ta Rica” nos dan cuenta de los afanes historiográficos, sobre distintos temas, de Monseñor Sanabria.

Pero el primer trabajo grande es: “Anselmo Llorente y Lafuente, primer obispo de Costa Rica”, 407 páginas, editado por Imprenta Universal, año 1933, y que suscita la unánime admiración de los entendidos. Pronto —1935— aparece otro libro importante: “Primera vacante de la Diócesis de San José. (1871-1880), 405 páginas, Imprenta Lehmann. A estas dos, se añade la obra más voluminosa (650 págs.) y polémica de lo escrito por Sanabria: “Bernardo Augusto Thiel”.

Otros estudios, menos conocidos y comentados: “Genealogía de Cartago hasta 1850”, “Episcopologio de la Diócesis de Nicaragua y Costa Rica”, “Documenta histórica Beatae Mariae Virginis Angelorum”, “Cuarto viaje de Colón”, (Versión del alemán). El primero de estos trabajos le merece la inclusión en la Academia de la Historia, año 1949.

Pero ¿se creyó en algún momento Sanabria historiador? “Ni somos literatos ni historiadores —escribe en el Prólogo de “Anselmo Llorente”—, de aquello apenas sabemos lo necesario para que se nos entienda, en esto

no alcanzamos más puntos que los de aficionados”. Trátese no sólo de una actitud modesta, tan propia en Sanabria, sino de un convencimiento serio por su vocación enteramente pastoral. Por lo mismo se excusa cuando lo cree conveniente —amén de que sus escritos llevan casi siempre el subtítulo de “Apuntamientos históricos”—, y se reafirma en sus puntos de vista con gran autoridad, al servicio del bien y la verdad histórica, con sentido crítico, suficientemente equilibrado.

Mérito grande de Monseñor Sanabria es el no ceñirse al estudio particular de personajes o temas religiosos sino que los enmarca en su correspondiente contexto histórico del tiempo y lugar, en el que esos personajes y temas adquieren su cabal relieve y significado.

Los críticos culpan a Sanabria de desorden. ¿A quién habrá de sorprender? Se trata de un hombre sumamente ocupado, inquieto, de una gran capacidad para atender al mismo tiempo diversos asuntos. Desordenado, mas no irresponsable o incompleto. Sus escritos muestran a un investigador paciente, incansable en la búsqueda y acopio de datos, hasta parecerlos minucioso.

La actual Academia de Geografía e Historia de Costa Rica fue, en su tiempo, ideal e iniciativa de Monseñor Sanabria. Como era lógico, el mismo Arzobispo fue incorporado a la Institución el 24 de agosto de 1949. En dicha fecha era ya, en razón de sus méritos, Presidente Honorario de la Sociedad. Así se llamaba entonces; en mayo de 1954 toma el nombre de Academia.